

El nombre de mi tío Ramón Sota, siempre aparecerá ligado con la idiosincracia de un pueblo como es Pedreña y, con los terrenos del campo de golf que fueron comprados a los propios lugareños.

Personalmente, no tuve la fortuna de saborear los triunfos de Ramón, pues en sus años de máximo esplendor yo era un niño, pero a mis padres y hermanos mayores, les oía constantemente, alabar sus méritos y sacrificios.

Ramón venía de una familia realmente humilde, trabajó muy duro para convertirse con el paso del tiempo, en un jugador de éxitos nacionales e internacionales.

Cuando Ramonín, diminutivo con el que se le conocía en aquellos tiempos, inició sus andaduras como profesional de golf, allá por los años 60, este deporte era utilizado como arma de descanso y diversión por la llamada sociedad de élite.

Sin embargo, Ramón supo aprovechar su inquebrantable esfuerzo para disfrutar de una profesión que, a la postre y, a base de mucho tesón, le reportó un bien merecido bienestar económico, fundamentado en su constancia y grandes dosis de querer ser alguien en la vida. ¡Y lo logró con terca tenacidad, propia de quien sabe lo que quiere!.

Al margen de cuantos triunfos consiguió durante su carrera deportiva, es digno destacar el sexto puesto del Masters de Augusta, año 1965, por ser éste un Evento Grande que aúna gloria y popularidad. En aquella edición estuvieron por delante de Ramón, no grandes jugadores sino auténticas leyendas –Nicklaus, Palmer, Gary Player– con los que tuvo que batirse en aquellos irrepetibles años. Sin duda, fue el primer avanzado español que se codeó con los mejores profesionales del mundo. Por ello, sus victorias en el extranjero adquieren un valioso reconocimiento.

El juego que desplegaba Ramón Sota fue más que sobresaliente y, en España, según fuentes crediticias, los duelos que mantuvo con los hermanos Ángel y Sebastián de Miguel fueron verdaderamente épicos. Cada uno desplegaba un estilo de juego diferente, pero Ramón mostraba un plus superior, basado en ser un implacable competidor.

Tanto es así que, hasta hace muy pocos años, se le observaba a Ramón su consumado sentido de la profesionalidad, pues cumplidos de largo sus sesenta años de existencia, seguía midiendo sus propias fuerzas intentando que su bola aterrizase de vuelo en el *green* del hoyo dos de Pedreña y, lo que es mejor, utilizando un hierro. Y Ramón sabe muy bien por qué yo hablo de esta circunstancia. ¡Admiración!.

Hoy, viendo el historial que cosechó y en la época que tuvo lugar, creo no equivocarme diciendo que, fue un auténtico profesional, en el sentido más amplio de la palabra, que se dedicó en cuerpo y alma a conquistar metas que hasta entonces ningún español había logrado.